



Revista THEOMAI

Theomai
Universidad Nacional de Quilmes
theomai@unq.edu.ar
ISSN: 1515-6443
ARGENTINA

2003

Gonzalo Iraolagoitia

RESEÑA DE "ANTIMANUAL DEL MAL HISTORIADOR O CÓMO HACER UNA
BUENA HISTORIA CRÍTICA" DE CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

Theomai, segundo semestre, número 008

Universidad Nacional de Quilmes

Quilmes, Argentina



Aguirre Rojas, Carlos Antonio
Antimanual del mal historiador o cómo hacer una buena historia crítica

La Vasija, México, 2002, 132 pp.

Gonzalo Iraolagoitia

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Antimanual del mal historiador... es una obra que ya desde su título mismo y a lo largo de sus 132 páginas, va generando en el lector una irresistible tendencia hacia la reflexión en torno a la propuesta de una nueva forma de hacer, escribir, investigar y enseñar la historia. En efecto, el título escogido es altamente significativo y condensa, a mi entender, la meta principal que se propone el autor. Un lector crítico (o que intente serlo) podría preguntarse ¿hubiese sido lo mismo titularlo, por el contrario, Manual del buen historiador?. Sin ninguna duda hubiera cambiado radicalmente el sentido, ya que su clave reside en la "negatividad" que encierra el mismo, en su desafiante fuerza antitética que todo lo coloca "al revés", en la esfera de lo "no verdadero". Autores como Holloway han destacado el carácter fructífero de la experiencia de la negatividad como vía de rechazo, negación y construcción de cuadros alternativos frente a verdades consolidadas.

La negatividad resalta la "ruptura", el "quiebre" frente a determinadas prácticas e indica asimismo nuevos caminos a seguir. Y esta es precisamente la meta principal que se propone Aguirre Rojas, la de construir y enseñar un nuevo tipo de historia que rechace esa historia positivista "oficial", "acrítica", "aburrida", "descriptiva", etc. Elaborar una nueva historia crítica, en una doble dimensión teórico-práctica articulada dialécticamente: generar, por un lado, un renovado tipo de saber y de discurso historiográfico con nuevas herramientas conceptuales que permitan una mejor aprehensión del pasado, pero por el otro, promover una historia comprometida con los movimientos sociales actuales y con las necesidades del presente y dispuesta, a su vez, "...a contribuir y a colaborar, en la medida de lo posible, en la construcción de un futuro diferente, donde se elimine la explotación económica, el despotismo político, la desigualdad y discriminación sociales..." (p.15).

Estas ideas, esbozadas en la Introducción, serán desarrolladas extensamente a lo largo de toda la obra. En el Capítulo I denominado De antimanuales y antidefiniciones de la historia, Aguirre Rojas demuestra la fecundidad de la negatividad. Si en la actualidad, de las instituciones académicas surgen manuales tradicionales cuyas empobrecidas definiciones contribuyen a formar "malos historiadores" y cuyo producto es una historia "descriptiva" y "memorística", un espacio que busque formar "buenos historiadores" debiera comenzar, contrariamente, por un antimanual con todo un conjunto de antidefiniciones, que no sólo delimiten a qué problemas y métodos "no" debiera estar restringida la historia, sino que contribuyan a su vez, a crear las condiciones para elaborar una nueva disciplina completamente diferente (de allí su fecundidad). Antidefiniciones que incluyen todo una serie de premisas básicas, a saber: la primer comienza por una reformulación del objeto de la ciencia histórica consagrada ahora como "la obra de los hombres en el tiempo", marcando así la continuidad en la línea temporal pasado-presente-futuro en el que el "presente [...] no es más que una compleja articulación estratificada de distintos 'pasados todavía presentes'" (pág.21).

La segunda antidefinición nos conduce a las fuentes mismas, advirtiéndonos que la labor del historiador no se reduce únicamente a la tarea de archivo, sino también a la de observación y análisis de la actualidad circundante a través de los aportes de métodos y técnicas de otras ciencias. La tercer antidefinición propone la "unidisciplinariedad" en el análisis de los social que incluye para la formación académica, los aportes de las otras ciencias sociales.

Arribamos de esta manera a la cuarta antidefinición, la que plantea la necesidad de una historia que abarque “la densidad misma del tejido completo de las sociedades” en todas sus dimensiones. La quinta antinoción de una buena historia crítica, reclama a viva voz, desprendiéndose de visiones antiteóricas y empiristas, la búsqueda de modelos teóricos y paradigmas que posibiliten la concreción de una verdadera historia científica, crítica e interpretativa. Otra antidefinición importante está relacionada con el concepto de “escala universal” que afirma la imposibilidad de restringir el marco geográfico en un análisis de caso, que ignore al contexto mundial o bien que lo conciba únicamente como simple complemento. Finalmente, la última antinoción crítica la mala fórmula positivista de una historia que actúa como instrumento de legitimación de los poderes dominantes, proponiendo, por el contrario, la construcción de otra que desde la mirada de los vencidos, marque que no hay realidades determinadas en un sólo sentido y que recupere del olvido aquellos proyectos alternativos que sucumbieron en el espacio de lucha.

En el Capítulo II, titulado Los siete (y más) pecados capitales del mal historiador, Aguirre Rojas nos advierte, sobre los errores que cometen los malos historiadores positivistas. El primero no podía ser otro que el mismo “positivismo”, visión que al limitar el análisis únicamente a los hechos comprobables, anula el nivel interpretativo del sentido profundo que guarda la dimensión factual, expurgando así cualquier construcción metafactual que se distancie del llano nivel empírico. El segundo error estaría en el la falta de contemplación hacia el “cambio histórico”, concepción que suprime esa parte esencial de la historia que consiste justamente en demostrar cómo operó el mismo, cuáles fueron sus continuidades y cuáles sus rupturas, qué dirección siguieron estas últimas y cuáles podrían haber seguido. El tercer pecado está relacionado con la noción newtoniana de un tiempo único, homogéneo y unidireccional que como lo han explicado Bloch y Braudel entre otros, se contrapone con la idea que tiene la ciencia histórica de otro múltiple, heterogéneo y variable según los procesos principales que lo caracterizan y le dan sustancia, de acuerdo a los tres niveles señalados por el mismo Braudel (acontecimiento, coyuntura y estructura).

El cuarto pecado remite a la idea simple de un progreso lineal de avances y conquistas que el paso del tiempo indefectiblemente trae aparejado, visión contrapuesta a la del historiador crítico que plantea una realidad en devenir y redefinición constante, semejante al método de ensayo y error, de avance y retroceso que siguen los científicos. El quinto error común de los malos historiadores reside en su “actitud acrítica” para con las versiones legadas por las victoriosas generaciones anteriores. El historiador crítico detecta sus falsas argumentaciones legitimadoras, no sólo no haciéndose cómplice de las mismas sino demostrando, a su vez, que la realidad pudo haber sido distinta. En el sexto pecado, el de la “objetividad” en la historia, el autor demuestra la imposibilidad de la misma ya que toda selección, organización y elección de paradigmas refleja indefectiblemente puntos de vista y gustos del “cultivador del oficio de Clío”. Por último, el séptimo pecado lo constituye el “agnóstico postmodernismo” que al reducir la historia a su dimensión discursiva anula las pretensiones científicas de conocer los procesos reales.

A partir del Capítulo III, En los orígenes de la historia crítica, y a lo largo de los capítulos IV y V, Aguirre Rojas, analiza cronológicamente la peripecia intelectual del proyecto de construcción de una historia crítica, desde sus orígenes en la coyuntura de los años 1848-1870 con el proyecto fundacional marxista, pasando por los malogrados años 1870–1929 dominado por el paradigma positivista, siguiendo por el período de los Annales 1929–1968, hasta llegar a la actualidad con las contribuciones que dejó el mayo francés. En efecto, para el autor, fueron los trabajos de Karl Marx los que sentaron las premisas indispensables en la elaboración de una historia crítica. Su primer contribución consiste en la viabilidad de la construcción de una “ciencia de la historia” que detecte regularidades, defina tendencias y formule leyes de los procesos sociales. La segunda lección está orientada hacia la creación de una “historia social” que, por un lado, incorpore como los verdaderos protagonistas de la historia, a los antes completamente ignorados grandes actores colectivos, y que por el otro, incluya el macrocontexto social general dentro del cual dichos actores sociales se desenvuelven y son condicionados. Las dos lecciones siguientes resaltan la relación entre la estructura material y los fenómenos de la “conciencia y de

las sensibilidades sociales” como dos esferas de una misma realidad en donde si bien no hay predominio de una sobre la otra, su compleja imbricación constituye, no obstante, una “problemática abierta” y por establecer. El quinto legado de Marx está relacionado a la necesidad de delimitar las conexiones que existen entre el objeto de estudio y las “totalidades” que lo condicionan y determinan, siendo que “todo problema histórico y social está siempre inserto en determinadas coordenadas espaciales, temporales y contextuales que influyen sobre él, en distintos grados y medidas, pero siempre de modo eficaz y fundamental” (pág.58). La sexta lección, recupera la mirada “dialéctica” de los problemas sociales y considera a los hechos históricos como manifestaciones “vivas y en devenir”, en un proceso de enfrentamiento constante cuyos resultados poseen un final abierto. Llegamos así a la última contribución marxiana, aquella que marca la necesidad de adoptar una postura crítica y contestataria frente a los discursos dominantes, que recupera la voz de los vencidos y que resalta la multicausalidad y la complejidad en la elaboración de una historia más densa y más profunda.

Continuando su recorrido por las lecciones que han dejado los “buenos historiadores críticos”, Aguirre Rojas aborda en el Capítulo IV, Por los caminos de la buena historia antipositivista, el proyecto de una historia científica e innovadora del primer ciclo de los Annales (1929–1968), que si bien coincide con muchos de los postulados de Marx, sin embargo, elabora y desarrolla nuevos elementos que el autor analiza en detalle. Su primera contribución se sitúa en la implementación para los estudios históricos del “método comparativo” que al determinar tendencias y regularidades entre distintos fenómenos que poseen ciertas analogías, permite elaborar posibles leyes explicativas para los procesos histórico–sociales generales. La segunda lección, la que distingue la buena historia “global”, de la mala perspectiva “universal y general”, se fundamenta en la concepción de la realidad social como una entidad única aunque multidimensional y plurifacética, y abordable, por ende, unidisciplinaria y globalmente. El tercer gran aporte, el de la “historia–problema”, reside en esa inversión copernicana de la función interpretativa, que pasa de “momento culminante” del proceso de erudición a “punto de partida” del mismo, de acuerdo a los problemas e interrogantes que se plantee el historiador. El cuarto legado plantea la perspectiva de una “historia abierta o en construcción”, que concibe el oficio del historiador en un proceso de reelaboración constante, enriquecido mediante los aportes teóricos y metodológicos de las distintas ciencias sociales en general. La quinta contribución rescatada por Aguirre Rojas es la que deriva de “los diferentes tiempos históricos y la larga duración”, que rechaza para el análisis histórico la noción newtoniana del tiempo, planteando, en contraposición, su peculiaridad múltiple y heterogénea. Peculiaridad que Braudel definió en sus famosos tres niveles de “acontecimiento”, “coyuntura” y “estructura” cuyos perfiles difusos marcan la inviabilidad de una separación tajante en la relación pasado–presente–futuro, señalando su unión flexible y dialéctica.

El itinerario reflexivo conduce al autor a analizar en el Capítulo V, Las lecciones de 1968 para una posible contrahistoria radical, los aportes principales, que llegan hasta nuestros días, derivados de la crisis de los modelos abstractos, que implicó el mayo francés. A tal fin, Aguirre Rojas rescata cuatro corrientes historiográficas principales: la cuarta generación francesa de los Annales; la historia marxista y socialista británica; la microhistoria italiana y por último el “world–system analysis”.

Una importante contribución de los Annales, desplegada desde 1989, luego del dérapage que implicó la “historia de las mentalidades”, está relacionada, por un lado, con la elaboración de una historia materialista y social de las prácticas culturales, y por el otro, con la búsqueda de una redefinición que permita restablecer una perspectiva más dinámica y fluída de la relación entre los actores sociales como forjadores y reproductores de las estructuras, y de éstas, como marco condicionante de su accionar.

El principal aporte de la historia marxista y socialista británica está centrado en el intento de recuperar la voz de las clases populares y de los oprimidos, ya sea concibiéndolos como los verdaderos protagonistas y constructores de la historia; ya sea rescatando sus memoria en pos de la construcción de un saber histórico, a través de los famosos history workshops; ya sea mediante una historia “de abajo hacia arriba” que reconstruya una historiografía desde la perspectiva de las clases populares.

La experiencia italiana de la microhistoria con su método de “cambio de escala”, demuestra que las esferas de lo macro y de lo micro son en realidad dos dimensiones de una sola realidad histórica que interactúan y se presuponen mutuamente y permite, también, un análisis más intensivo, que lleva a agotar prácticamente todos los niveles de la realidad estudiada, incluyendo la recuperación, mediante el “paradigma indiciario”, de esa historia silenciada de los vencidos en el terreno de la disputa histórica.

Finalmente, el paradigma de la “unidad planetaria del sistema–mundo capitalista”, elaborado por la corriente del “world–system analysis”, constituye el último legado de la revolución cultural del '68, que al señalar la inviabilidad de cualquier análisis de realidades locales, regionales o nacionales que descarte el macrocontexto del sistema–mundo capitalista como “dinámica última y determinante” del conjunto de fenómenos sociales; permite a su vez, repensar metodológicamente la estructura organizacional de las ciencias sociales en el marco de una “unidisciplinariedad”.

Una vez reseñada las principales contribuciones para el desarrollo de una historia crítica y retomando el propósito esbozado en la Introducción, Aguirre Rojas se propone promover, en el último capítulo ¿Qué historia debemos hacer y enseñar hoy? Un modelo para (des)armar, los elementos generales de una historia nueva, científica, crítica y comprometida con las demandas del presente. De esta manera, al concebir la historia desde la perspectiva de la “totalidad”, es decir, como una única realidad social, aunque con distintos niveles, de pasados, presentes y futuros, el autor desecha las “falsas oposiciones” de los malos historiadores, que “parcializan” el episteme, restituyendo, a su vez, la rica perspectiva de una interconexión dialéctica de éstas distintas dimensiones. Es así como todo análisis histórico crítico combina “elementos universales” (que detectan regularidades) con “elementos particulares” (que explican por qué no se repiten nunca); interrelaciona el trabajo de “erudición”, visto como la materia prima que sirve, a su vez, para una “interpretación” que le otorga a la anterior sentido y significado; conecta los niveles “macro” y “micro” afirmando que lo general se manifiesta a través de lo particular; integra “contextos” (como realidades condicionantes móviles y cambiantes) con “agentes” (condicionados por esos contextos pero susceptibles también de transformarlos); acerca interactivamente las “permanencias” con los “cambios” que operan dentro de las mismas, transformándolas; combina la “subjetividad” con la “objetividad”, marcando la relación entre una historia hecha simultáneamente por los sujetos y por las condiciones objetivas; y destaca, finalmente, los “logros” pero también los “fracasos” de quienes resultaron vencidos en las luchas por instaurar un proyecto alternativo.

Antimanual del mal historiador...es una obra sumamente enriquecedora que tiende, más que a la búsqueda, a la recuperación de un proyecto alternativo en la elaboración de la historia, que a lo largo de los últimos ciento cincuenta años ha venido demostrando poseer, a través de su negatividad, una fecundidad viva y en redefinición constante, pero cuyas lecciones, no obstante, han sido desoídas por la mayoría de los historiadores y de las instituciones académicas. Aguirre Rojas enfatiza su reclamo por una historia que constituya un grito de rechazo y que mediante el “...rescate crítico de la memoria [...] de las luchas, las resistencias, los olvidos y las marginaciones que ha llevado esa misma historia descriptiva y complaciente...” (pág.118), no se amilane ante “derrotas provisionales”, manteniendo siempre viva la esperanza en la construcción de un “futuro mejor”, esto es, por más que se hagan denodados esfuerzos por acallar ese grito.